

LA CRISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS, LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y LA GOBERNABILIDAD EN AMÉRICA LATINA

Alberto Borea Odría

1. La falta de reelaboración, de revaloración y la ausencia de proyección de la democracia

Decir que los partidos políticos están en crisis no solamente es un lugar común en América Latina, sino en cualquier parte del mundo. Es este un problema que afecta a todas las sociedades que se sustentan en el sistema de la democracia representativa, puesto que son estas organizaciones las que, se supone, deben de llevar el peso de su funcionamiento y darle la viabilidad que consagre como eficaz al sistema.

El presente trabajo plantea que hay cinco puntos centrales donde los partidos políticos, no se han actualizado con respecto al desarrollo de los acontecimientos sociales y tecnológicos que los han desbordado y los han dejado a la zaga, haciéndoles perder el papel que debían de jugar en el sistema democrático. Plantea asimismo algunas líneas de solución para que estas organizaciones retomen ese papel cara a las demandas recientes de la estructuración social y al reforzamiento de la democracia.

La democracia ha sido tomada en el continente como un valor asumido que no precisa explicación alguna no obstante su escasa vigencia y sus frecuentes interrupciones. Ello puede haberse debido a que a la conclusión de las dictaduras, los pueblos, cansados del reglaje tiránico, volvían los ojos a un sistema que permitiría

que todos pudieran expresar las demandas que antaño no podían manifestar por temor a la represión.

Sin embargo, el sistema no mereció ninguna reelaboración no obstante el largo tiempo en que el mismo fue instaurado en nuestros países y abrazado como correcto por los fundadores de nuestra independencia. Tampoco mereció un reacomodo a la luz de las especiales circunstancias de nuestras naciones y del escaso y desigual desarrollo de nuestros pueblos.

El tránsito ha sido casi siempre el mismo. La terminación de la dictadura, la convocatoria a las elecciones para integrar el Congreso tal como se había definido y dentro de las estructuras constitucionales anteriores, o la convocatoria a una Asamblea donde rara, rarísima vez, se incorporaban nuevas instituciones. Las Cartas que surgían de esos intentos servían para favorecer tal o cual posición en la coyuntura, o para tender un puente de plata a los autoritarios que dejaban el mando.

De hecho, hoy se sigue hablando en nuestro constitucionalismo de la triada clásica de poderes del Estado, cuando en realidad los instrumentos fundamentales que aprobamos tienen varios otros poderes. En efecto, casi todas nuestras constituciones reconocen el órgano electoral como autónomo con respecto a los otros poderes, una buena parte de nuestras naciones ha acogido la idea de la justicia constitucional y ha consagrado la figura de los Tribunales de Garantías Constitucionales, que son también otro órgano separado e independiente de los otros poderes. La Defensoría del pueblo o de los habitantes, ha sido recogida dentro del espíritu garantista de nuestras cartas. Todas estas figuras y otras como los Contralores de la utilización del dinero público, o los Superintendentes de Banca, todas ellas constituyen instituciones constitucionales autónomas con funciones propias y distinguidas de las de los otros poderes. Hablar hoy de tres poderes es un anacronismo, sin embargo en la mayor parte de nuestras facultades de Derecho y en el mundo político en general, se repite la especie como si se tratara de un dogma esencial a la fe democrática.

Pero tan grave como la ausencia de una reelaboración que se hace imprescindible para que las instituciones funcionen mejor y se legitimen ante la sociedad cumpliendo adecuadamente las funciones para las que fueron creadas, es la falta de revaloración de lo que la democracia significa. Esto es grave porque convierte al sistema democrático no en un triunfo en sí, como en realidad lo es, sino en un simple sistema de gobierno más que debe de dar necesariamente respuestas concretas a las necesidades contingentes de la población. No quiero decir por ello que esto no sea así. La democracia es un sistema político de gobierno y tiene que ser eficaz para ganar aún una mayor legitimación, pero como sistema vigente en sí lleva ya consigo

una serie de logros fundamentales que los actores políticos continentales no se han esmerado en resaltar, no obstante que es en un espacio como el nuestro, el latinoamericano, donde el sistema esta inevitablemente sujeto a comparaciones con las diversas gamas de tutelaje y donde deben de quedar bien claras sus bondades.

Al dar la democracia por sentada, al pretender que es un valor asumido, lo que en efecto puede ser en pequeñas, muy pequeñas capas de la población con un buen nivel de preparación política, se deja de lado o no se quiere ver la realidad de una muy grande mayoría del pueblo que no ha incorporado esos valores. Compuesta por otro lado esta gran mayoría aun por personas que pueden haber tenido acceso a un mejor nivel educativo, pero donde tampoco se ha aprehendido los valores mismos de la democracia. En no pocos de los sectores económica o socialmente preponderantes en nuestros países se escucha en diálogos y conversaciones la corriente frase: "para sacar a nuestro país del atolladero se precisa de un gobierno fuerte". Esta actitud tiene que revertirse. La democracia tiene que ser vista, como en efecto lo es, como un bien en sí misma a partir de la cual pueden propenderse otros desarrollos, pero no como un sistema de gobierno como cualquier otro y por lo tanto perfectamente intercambiable cuando no da solución inmediata a los problemas que en la administración estatal se plantean.

Esta superioridad de la democracia como sistema no es discutible en el ámbito del pensamiento de finales del siglo XX, pero el hecho que no sea discutida no quiere decir que sea acatada y que no se le presenten peligros o desafíos. Hoy, quienes aspiran al poder total no contienden, como ayer, con la democracia. Procuran agazaparse dentro de ella y tratan de aparecer de alguna forma como tales. Incluso quieren expresar algunas formas sin respeto a los valores y a los contenidos que conlleva. Este fenómeno se presenta así como una suerte de hipocresía, que como bien sabemos es el tributo que el vicio le paga a la virtud. Estos sistemas viciosos en que se disfraza el tutelaje es así una nueva envoltura para un viejo vicio.

Como ya se ha insinuado, la democracia tiene en sí algunos valores y logros que la hacen superior, desde su instauración, de cualquier otro sistema. El primer valor fundamental es el del reconocimiento de la dignidad y por consecuencia la libertad del ser humano. El hombre en la democracia es libre porque es hombre y por lo tal digno, y como corolario de ello cosoberano, cotitular del poder y por lo mismo nadie tiene derecho a imponer sobre él un yugo ajeno ni una regla en cuya facción no haya participado de alguna forma o por lo menos no haya podido participar. Esa cotitularidad lo lleva a tener el derecho de hacer todo aquello que él mismo, a través de las leyes en la que de alguna manera ha sido parte aunque sea sólo eligiendo a sus representantes, no se haya limitado en hacer. Es más, esa dignidad establece que hay valores que no pueden serle desconocidos al hombre ni siquiera

por la decisión de todos los demás hombres. En esto, la determinación precisa de lo que es la regla de la mayoría es fundamental. Esta es sólo una forma de determinación frente a la diversidad de criterios, pero no un rasero válido para permitir la prescindencia de valores propios de la dignidad del hombre. En la democracia, todos los votos de una sociedad contra uno solo no alcanzan para confinar en la cárcel a una persona que no ha cometido delito, porque el sistema acepta la vigencia de valores propios del ser que están más allá del sistema mismo. Toda otra forma de gobierno adolece de la falta de esta garantía. La libertad no es una emanación propia del sistema, sino una concesión graciosa de quien ordena y ejercible sólo hasta en los niveles que él mismo determina. Este valor, que viene explicado desde las páginas del "Contrato Social", se da también por incorporado al acervo cultural de nuestras naciones. La libertad de expresión, la de reunión, la de tránsito, la misma libertad personal, todas estas que nos parecen inobjetables en los períodos democráticos, que además nos pertenecen por el sólo hecho de ser humanos y por lo mismo libres y que son desconocidas o limitadas al arbitrio del gobernante en los casos de dictadura, no son presentadas como un valor en sí que no debe de perderse, sino dadas por entendidas, limitando así las posibilidades de consolidación del sistema por el proceso de aprehensión de los valores por parte de la sociedad misma.

El segundo de los valores, porque algún orden hay que darle a la exposición, es que la democracia reconoce y posibilita la vigencia de la igualdad del ser humano. Ningún sistema distinto expresa como la democracia este valor fundamental del cual hoy se habla, al que no se le discute, pero al que políticamente sólo se puede acceder a través de la democracia. Todo otro sistema de gobierno se basa en la consagración de alguna diferencia entre los seres humanos que les da a unos el derecho a mandar y a los demás la obligación de obedecer, diferencias por cierto no apreciadas como válidas como el hecho de tener las armas para poder imponer el orden; o un supuesto grado superior de amor a la patria que, suponen quienes se encaraman en los puestos de poder, los demás ciudadanos no tienen; o una mejor y más completa preparación definida, ¡como no!, por quienes se han autoerigido en gobernantes.

En la democracia esta igualdad básica que es hoy reconocida a nivel de valor abstracto, toma cuerpo en la propia determinación del rumbo y la vida de la sociedad.

El tercer valor, consecuencia de los dos primeros, que ningún otro sistema puede garantizar, es el del pluralismo. El reconocimiento de la libertad esencial y de la libertad del ser humano lleva directamente al respeto por la diversidad del pensamiento, a la vigencia misma del pluralismo. Estas diferencias, que no atañen a lo esencial y que por lo mismo no convierten a unos en superiores y en naturales

ocupantes de la función rectora de las sociedades, deben de expresarse y forman parte del sistema mismo. De esta manera, todos tienen espacio dentro del sistema para proyectar su pensamiento y su acción dentro de los límites muy amplios de la vida social en cuya fijación todos han participado. En los sistemas dictatoriales el pluralismo es motejado de disidencia y no es tolerado por el gobernante. La discrepancia, normal en el espíritu humano, conlleva el castigo y la cárcel cuando no la muerte en los casos más patéticos pero desgraciadamente no tan infrecuentes en nuestras naciones.

Pero el pluralismo no sólo es el respeto a la opinión ajena, sino el reconocimiento de la posibilidad de encontrar algún tipo de valor en ese parecer distinto. El pluralismo es el fomento del diálogo, la necesidad de la búsqueda del consenso en lo que los latinoamericanos hemos estado bastante a la zaga. En nuestras naciones el diálogo o el acuerdo entre los políticos ha sido visto como componenda, como acomodo, como entendimiento vergonzante de intereses y no como intención de encontrar en el otro la parte de verdad que esa parte numéricamente minoritaria de la sociedad representada también tiene, ni tampoco el compromiso para la elaboración de una norma donde una mayor parte de la ciudadanía sienta que hay participación y aceptación. Aquí es donde se percibe más claramente el rol subsidiario de la regla de la mayoría en la democracia. Primero la participación, el diálogo y el entendimiento, luego, en caso de la continuación del disenso, la aplicación de la regla de la mayoría como solución al impase generado y porque el sistema no puede paralizar el rumbo social.

El cuarto es el de la tolerancia, consecuencia también de la igualdad y de la dignidad del ser humano y resultado directo del pluralismo. Si los hombres somos iguales, libres y diversos, tenemos que ser tolerantes unos con otros. Esto nos lleva a que la democracia presente, frente a las dictaduras, la posibilidad de la solución pacífica de los conflictos. En los procesos de tutelaje, los conflictos sólo pueden resolverse por la fuerza, ya sea por la que ejerce el gobernante para obligar al disidente a actuar conforme a su mandato, el que impone en la medida en que la participación no es regla ni derecho, o por la que ejerce el gobernado, que tiene que rebelarse contra el dictador para poder tener acceso al poder o al nivel de las decisiones. La democracia, a través del sistema del voto y de la regla de la mayoría, que es sólo un instrumento importante, en el funcionamiento de su estructura, permite que las discrepancias se resuelvan de una manera pacífica y lo suficientemente racional como para legitimar la decisión adoptada.

Yo me temo que no se ha procedido en nuestras naciones a una revaloración de la democracia. Se le ha visto como un buen sistema de gobierno, pero todavía no

se han internalizado estos valores. No se ha revalorado la democracia a la luz de las experiencias desagradables que hemos tenido que vivir en nuestros países. Esta revaloración no sólo es tarea de los políticos y de los partidos que por cierto deberían fomentarla y dedicar cuadros intelectuales al desarrollo de este pensamiento, sino de la sociedad entera.

El tercer punto en este acápite inicial es el de la proyección de la democracia. Ninguno de estos valores se ve expresado en el quehacer de los políticos de nuestros países. Se vive en democracia pero no se afianza la democracia, no se hace un apostolado de la democracia. Cuando se abren los espacios para este sistema se asume que toda la sociedad lo comprende y anhela fervientemente vivir en él y que está dispuesta a defenderlo en caso de agresión. Así se actúa una y otra vez a pesar de las reiteradas experiencias que esto no pasa así en nuestras naciones. La democracia no es sólo la posibilidad de participar en el sistema sino, modernamente, la participación en el sistema mismo, la incorporación de la gente a la mecánica de toma de decisiones en los diversos niveles de la sociedad.

Hoy, los partidos discuten entre ellos pero no presentan programas comunes de promoción del sistema. Viven en la casa de la democracia pero no se preocupan de su mantenimiento. Así, las posibilidades de derrumbamiento del edificio son mucho mayores.

Tarea imprescindible para la consolidación de la democracia el día de hoy es la asunción por parte de los políticos y de los partidos, sus actores más notables, de la tarea de una promoción conjunta de la democracia que de la pauta de sus reales valores y de los logros que con ella se consiguen por el sólo hecho de estar vigente y de regirse la sociedad a través de sus reglas.

2. La falta de conexión entre el partido y el pueblo que impide una eficaz representación

Los partidos son instrumentos de la democracia representativa, vale decir que una de sus primeras tareas debe de ser la de representar a la población para una ordenada y fructífera participación que es característica esencial y diferencial en este sistema de gobierno.

Sin embargo, la crisis de los partidos en nuestros países se ha graficado como crisis de representación. Las organizaciones políticas ya no representan a la sociedad y por lo mismo ya no pueden expresarla en las instancias de poder. Al suceder esto y como contraparte, el pueblo les ha perdido confianza como instrumento

y no canaliza sus reclamos o sus demandas a través de ellos. En esto hay dos grupos que es imprescindible analizar en aras de encontrar una solución al problema.

En muchos de nuestros países hay una gran zona de desplazados por la violencia o de personas que han migrado apresuradamente a las ciudades en busca de las condiciones básicas para lograr un mejor provenir y que no hallan en sus lugares de origen, estos últimos, notificados de un mundo que conocen de su existencia por los medios de comunicación social que por cierto antes no alcanzaban, fenómeno que en este punto ha sido ya bastante estudiado.

Unos como otros han desarrollado una especial actitud. Mucho más difícil de clasificar la primera, puesto que allí no hubo ni anhelos ni valores en la migración, sino sólo escape. No había otro punto de referencia para emprender una “nueva vida” sino sólo para mantener la vida. Los partidos han hecho muy poco en estos sectores que en algunos países como el mío son varios cientos de miles y algunos creen que ya llegaron al millón de personas. Este trabajo es fundamental porque las personas que se acercan a los centros poblados han estado normalmente lejos también del sistema político al que no han demandado y del que poco han esperado. Al entrar en contacto con él lo hacen todavía desorientadamente. Empiezan a formar parte del mismo sin que nadie les haya explicado como funciona ni cuales son los mecanismos que han de accionar para entrar en relación con el resto de la sociedad que es usuaria. Así las cosas comienzan a desarrollar sus propios códigos, distintos de los tradicionales y de los corrientemente utilizados por la sociedad a la que se incorporan por lo menos físicamente.

Esta falta de contacto tiene mucho que ver con la ausencia de cuestionamiento y de trabajo de propuesta en este tema. Muchos lo consideran un fenómeno coyuntural que va a pasar tan pronto cese la violencia. Ello no es así. En primer lugar la violencia está aún lejos de desaparecer y puede pasar media o una generación para que ello suceda. En segundo lugar, en ese lapso ya muchos se habrán instalado de diversa manera y no volverán a su lugar de origen. Pretender que van a seguir con la misma idiosincrasia y viviendo como en “reservas” durante todo ese tiempo, es falaz.

Con el segundo grupo habría mejores posibilidades de trabajo en tanto que la migración sigue un norte y por lo menos está orientada a conseguir “ciertas ventajas” que la sociedad ofrece a los habitantes de sectores cercanos, aunque no sean sino las de colegios para sus hijos, que por muy deficientes que sean se entienden por parte de los migrantes como mejores que las escuelitas de un solo maestro que dejaron atrás en sus pueblos, o la posibilidad de recurrir a la posta

médica que ni siquiera existía en su paraje natal. Ni qué decir del trabajo y de la esperanza de un futuro mejor para su prole.

Desde que llega este grupo es demandante, exige terreno para una vivienda y se producen allí las "invasiones" a terrenos circundantes de la capital donde se instalan, y donde luego demandan la provisión de los servicios públicos a los que saben tener derecho. En los años anteriores la aproximación de los partidos en busca de votos no fue el de la incorporación responsable al sistema, sino el de la captación de votos a través de la oferta fácil que motivó en un primer momento la adhesión a quien más ofertaba dentro de esta especie de feria de la esperanza, pero que pronto provocó una gran desilusión en la medida en que gobierno tras gobierno (el que llegaba había ofrecido más que el que se iba y no pudo cumplir y le enrostraba por cierto esa falta de cumplimiento en la que él inevitablemente incurriría) se veían transcurrir sólo promesas y lo que se creía como la contraprestación del voto, o sea la obra pública ofrecida, no llegaba. Dije siempre que esta aproximación de los partidos era peligrosa no sólo porque generaba una desilusión en el sistema democrático mismo, (también esta aproximación la utilizaron las dictaduras y en no pocos lugares fueron causantes de esta concepción), lo que sin duda ha sucedido, sino porque sólo se fomentaba la visión de los derechos sin incidir también en lo relativo a las obligaciones del ciudadano y de la persona para su propio desarrollo. Al hombre no se le incentivaron sus virtudes para el trabajo y su responsabilidad comunal.

Al no crearse tampoco en este caso de los migrantes en búsqueda de mejoría un nexo fuerte que pudiera ir más allá del éxito o del fracaso de un gobierno respecto a las promesas realizadas, no se consolidó el sistema y en realidad nunca se representó a esta población porque tampoco se le conoció en realidad. También en este caso hubo una falta de conexión política aunque haya habido una vinculación física y electoral.

Los partidos en estos dos casos tienen que comenzar en América Latina un trabajo de interpretación de estos sectores y de incorporación al sistema democrático y a las instituciones políticas de la nación. Cada día este grupo es más numeroso y mucho más influyente en las elecciones, y los recientes resultados electorales con la aparición de personajes que no están vinculados a los partidos y que orgánicamente no presentan otra cosa que el desencanto, son fruto de este desencuentro y de esta equivocación en la confrontación de este tema social.

Pero mucho tiene que ver también en esto de la desconexión, la falta de incorporación de los nuevos avances tecnológicos a los sistemas de acción partidaria,

así como la falta de estudio del impacto que estos medios producen en la sociedad y de sus consecuencias políticas.

En efecto, la masificación de la prensa a través de la radio y la televisión, ha permitido que personas que antes no tenían la menor idea de cómo funcionaban las instancias de poder y de qué manera se tomaban las decisiones, o quiénes eran los que influían en las leyes o resoluciones que se daban o en el dinero que se asignaba a cada comunidad, hoy tengan una noción de ello con lo que la democracia cambia el ritmo en el proceso de demandas. Si antes la vinculación de ese ciudadano alejado (y cuando digo alejado no me refiero solamente a muchos kilómetros de distancia o muchos días de viaje, sino a quienes estaban fácticamente distantes del poder) con el sistema se limitaba a la presencia de su diputado, las más de las veces esporádica y vinculada a la siguiente elección y a la promesa futura más que a la explicación de los logros conseguidos a través del voto que se le confirió, hoy el ciudadano entra en contacto con el sistema todos los días a través de las ondas de radio y televisión. A partir de estos medios se ha tomado alguna idea de lo que es el fenómeno del poder y de sus posibilidades. Hoy día el poder no sólo está más cercano porque se le ve actuar y en cierta medida, (pequeña y parcial si se quiere, pero inexistente antes), se le conoce mejor. Además de esto, el poder se percibe como algo a lo que el ciudadano tiene derecho. Esta percepción es también alentada por lo que se dice acerca del mismo dentro del sistema democrático: la cotitularidad del poder, la soberanía del pueblo, el derecho de las mayorías a decidir, etc. Se le visualiza como una realidad a la que ese ciudadano puede y debe tener acceso.

Pero no sólo se trata de los reportes que se hacen a diario desde cualquiera de nuestros Palacios de Gobierno o de los locales de nuestros Congresos Nacionales, es también la desmitificación de las figuras que participan en la política, a las que hoy se les hace pasibles de una crítica constante y se les somete a una inquisición cotidiana. Esto ha alentado la figura del deber de responder que tiene el político para con la sociedad y el derecho de la ciudadanía de exigir explicaciones a quien se halla en el ejercicio de ese poder. La representación deja de ser un cheque en blanco, aunque se sustente sobre la figura de la representación abierta, y pasa a tener un distinto contexto en donde una supervisión más cercana cambia un tanto la naturaleza del mandato electoral recibido acercándose más al tipo de encargo determinado.

Esto obliga a una actitud menos prepotente y mucho más explicativa por parte de los políticos. Ya no se trata de pontificar, sino fundamentalmente de razonar con la sociedad acerca de las decisiones que se toman. Las lealtades ciegas que se transmitían de padre a hijo en algunos países con organizaciones partidarias más o

menos estables están siendo puestas en tela de juicio. Cuando el pueblo no entiende puede ser que no discuta abiertamente, pero expresará su descontento quitando el apoyo que antes brindaba. La organización política moderna, que apunte a una consolidación de la democracia en la sociedad actual requiere acometer esta tarea.

Esto cambia la velocidad, la intensidad, la ubicación y la forma de la demanda política y a ninguno de estos retos le ha dado respuesta el sistema organizativo de nuestros partidos.

Hoy día el ciudadano ha cambiado su forma de demandar porque tiene más que nunca conciencia que ello es un derecho. Ya no pide una merced aunque muchas veces en nuestras sociedades el pedido inicial se disfraza de tal manera. Si luego de ese requerimiento, "por las buenas", no se le atiende, va a venir una exigencia más formal y finalmente algún reclamo popular activo que puede tener formas pacíficas pero también adquirir ciertos rasgos de violencia, según el caso y las características del liderazgo que en esa oportunidad los conduce. Esto sigue más o menos el patrón de la conducta común de las gentes en su interacción cotidiana.

Cambia la forma porque, aunque no interese mucho el entorno social, quienes demandan saben que hay que tratar que la opinión pública sea alertada de la situación, no para que exprese un alto grado de solidaridad, que ese es un valor un tanto ajeno al instante actual, sino para jaquear de esa forma al encargado de atender esa petición, erosionando sus posibilidades de mantener la confiabilidad que podía haber adquirido y sobre la cual había construido su avance político. La política, en cierta medida comienza a trascender también a este nivel. La opinión pública no se espera que sea una aliada de la causa, pero ya tiene categoría de instrumento útil para la ayuda en la resolución de ese específico problema. La cantidad de comunicados que conteniendo denuncias en ese sentido se leen en los periódicos de nuestros países o se escuchan en los noticieros de las radios, especialmente de las provincianas, son una clara prueba de esto aun en los círculos de menos recursos. Cada uno usará esta arma según sus posibilidades, por cierto que los industriales o los económicamente fuertes recurrirán a otras formas de presencia en la prensa. Todos saben hoy que esta demostración puede tener en el político un efecto de acicate para que se comprometa en serio con aquello que pudo haber sido dicho sin mucha conciencia en el curso de la campaña electoral. Esta intensidad en la demanda es muy importante que sea procesada por los partidos, los que están o los que se formarán, tienen que hallar el sistema de conexión, la integración de la oferta con las posibilidades de cumplimiento y de deslinde respecto a la imposibilidad de llevar a cabo lo ofrecido.

Cambia la velocidad porque la misma ha cambiado en la sociedad. Ya no se trata de hacer una petición y esperar meses o años a que la autoridad ejecutiva, el

representante o el partido mediador realice su tarea. Los plazos se le han acortado a todos. Las deudas políticas no son de largo vencimiento. La gente ve a través de la prensa que cada día surgen nuevos problemas, pero también ve que cada día se solucionan algunos y que entre esos problemas que se solucionan no está el suyo. En los partidos, a pesar que las encuestas pueden dar una pauta con la que antes no se contaba, no se han incorporado métodos que permitan una evaluación de periodicidad constante de los modos y de los requerimientos de la población y menos aún se han estructurado equipos alternativos o complementarios, si el partido esta en el gobierno, capaces de promover respuestas más o menos oportunas. El procesamiento de las decisiones al interior de estas organizaciones sigue siendo lento y retórico.

Cambia finalmente la ubicación porque hoy el ciudadano de cualquier parte del país está informado de lo que sucede y se siente titular del derecho en donde se halle. Las demandas no sólo se consienten a los que están cerca del poder, aunque estos tengan más posibilidades de ser atendidos, sino que se ubican en donde se presentan. Aquí también los partidos nuestros demasiado centralizados y comprometidos con las tesis "*mitchelianas*" o "*duvergerianas*" de la ley de hierro de la oligarquía partidaria y de la necesidad de una centralización que permita un accionar unitario, no han desarrollado estructuras importantes ni con vuelo propio en la base de sus organizaciones. En la mayor parte de los casos los comités son grupos de personas encargadas de transmitir las órdenes o decisiones de la cúpula y de representar a los de arriba ante los de su comunidad, por supuesto más como nuncios que como embajadores. A estos comités casi no se les deja margen de acción y la estructuración vertical de los partidos impide una tarea de promoción de la política en la base social.

Falta todavía en nuestros países un reacomodamiento partidario para la tramitación de estas demandas de la hora presente. La conexión entre pueblo y partido que pudo existir y de hecho existió en algunas de nuestras naciones y para el caso de algunos de los partidos que fueron representando de una manera u otra a la sociedad, se está perdiendo. Cualquiera sea la ideología, si la expresan, de los partidos políticos que se hallen vigentes, estos tienen que desarrollar estos aspectos organizativos que hacen a la participación ciudadana libre, que, como hemos señalado en este y otros trabajos, es la característica central de la democracia y cuya promoción es justamente su razón de ser.

2.1. La paradoja de la coyuntura actual: la necesidad de una comunicación personalizada frente a una información "standarizada" en la política moderna, como garantía de la reconexión entre el pueblo y los representantes políticos.

No obstante lo que hemos reseñado acerca de que los medios de comunicación permiten que la sociedad vaya conociendo lo que pasa en el poder y demandándole a sus actores la respuesta a sus inquietudes y la solución de sus problemas y comunicando un mismo mensaje que es absorbido por la población y que utiliza como insumo de su posición política, las personas reclaman una respuesta personalizada. Hoy día no basta que los líderes políticos aparezcan con cierta frecuencia en la televisión y ensayen una respuesta global a los problemas nacionales, habiendo pretendido así cumplir con la tarea de intercambio entre los dirigentes y la base social representada. Las personas, conscientes cada vez más de su importancia y de sus derechos, reclaman para cada uno una respuesta a su propio problema y no un "cliché" aplicable a toda la audiencia. La presencia del político es reclamada para que escuche y para que responda. Interpretan la noticia como insumo para su accionar político, pero no como respuesta política dada por los encargados de conducir la sociedad. En este caso exigen mucho más que la visión de la pantalla. Saben que allí los que hablan son ellos, y lo que ellos quieren es hablar.

Uno de los grandes retos de la organización política moderna es la creación de estructuras capaces de llegar a dialogar y a ser eficaces en la transmisión de los problemas a las instancias de decisión. Si el individuo no se siente atendido no se sentirá parte del sistema y las oportunidades que tenga para expresarlo lo hará votando normalmente como él. Todo aquél que entre al sistema que no le da esa respuesta, que lo trata como un ente lejano del cual hay que esperar un comportamiento pero al que no hay que prestarle demasiada atención, o al menos aquellos a quienes el pueblo perciba con esa característica, terminarán enajenados del favor popular. En el proceso peruano en el que Mario Vargas Llosa resultó perdedor frente a Alberto Fujimori, mucho tuvo que ver, en un grueso sector de la ciudadanía, especialmente en aquella porción importante que votó por él en la primera vuelta, esta actitud. En cuanto Vargas Llosa fue identificado como parte del sistema, no sólo y no principalmente por su alianza con los partidos políticos que por lo demás habían combatido a García como no lo hizo Fujimori quien por el contrario colaboró con él, sino por esa actitud distante tomada frente a esa demanda personalizada o particularizada en el mejor de los casos, comenzó a decaer en el favor popular.

Esta necesidad de reestructuración de la conexión entre los dirigentes políticos y la sociedad es clave porque si no se seguirá dando el esquema que se ha presentado

con el desarrollo de las comunicaciones: un mensaje directo de la élite que trabaja en los medios de comunicación hacia la base, y una respuesta individualizada normalmente recogida a través de encuestas y sin ninguna organización ni una articulación intermedia que modele en términos comunitarios y transporte de un lugar a otro las inquietudes sociales. A diferencia de esto, el partido político tradicional pensaba ir por escalones, de arriba abajo y de abajo arriba. Ya sabemos que esa función no se ha cumplido siempre a cabalidad y menos en nuestros países y menos aún recientemente dado que no se ha procesado todo este desafío que a las relaciones modernas han incorporado los medios tecnológicos.

2.2. Algunas consideraciones adicionales sobre el papel de la prensa en la democracia moderna y en sus posibilidades de reestructuración.

Alfredo Keller, comunicador social y profesor venezolano, grafica este fenómeno de la influencia de medios y partidos en la sociedad, con dos pirámides, en la primera se percibe el funcionamiento político de la sociedad según la visión periodística, en el segundo, se percibe según la estructuración política. Lo que pasa es que la velocidad de funcionamiento de la primera pirámide es bastante más rápida aunque sea menos consistente, y que la segunda, la pirámide política, no ha encontrado los medios adecuados para competir con esa primera pirámide en la actualidad. En tanto la función del periodista no es estructurar intereses sino informar, se van agregando datos sobre los cuales la construcción armónica no llega. Esto se agrava más aún si se toma en consideración que la función periodística hoy tiene no pocas veces un sesgo de intereses muy concretos bastante distintos a los que, se suponía en la época romántica del periodismo, debería de tener. Los medios de comunicación social han dejado de ser poseídas por idealistas que querían poner en comunicación los hechos de la sociedad y de los hombres, y pasaron a ser empresas con la necesidad de generar recursos suficientes por lo menos para su autosostenimiento, para terminar muchas de ellas en la actualidad en manos de grupos empresariales que las utilizan como medios de presión para la marcha del resto de sus actividades. De esta manera ya tampoco interesa tanto el balance anual de la empresa que podía verse castigado por los lectores que percibieran una información sesgada, sino que lo que importa es el resultado que arroje el grupo donde el medio de comunicación es solamente un instrumento. No son pocos por lo demás los casos en que estos medios han tratado de ser los agregadores de intereses o los articuladores de los mismos, generando campañas en tal o cual sentido. Esto es mucho más grave en las sociedades nuestras donde la posibilidad de una competencia entre varios grupos que puedan desarrollar intereses contrapuestos y neutralizarse de alguna manera, es escasa.

No se trata ya, en muchos casos, ni de la prensa romántica, ni de la prensa empresarial independiente, sino de la prensa instrumental y dependiente.

Es por eso que ha de tomarse en consideración en este proceso de consolidación de la democracia que el papel de este instrumento es fundamental y que se requiere un análisis profundo e inmediato de causas, consecuencias y soluciones, porque si ello no pasa, lo que puede suceder es que dado el estilo de vida individual que caracteriza a la sociedad de hoy, la opinión pública puede ser expropiada por estos medios que con la utilización de estrategias de psicología social pueden "crear" una noticia, "inflarla" luego y finalmente hacerla aparecer como mayoritaria generando un proceso de retroalimentación que confundida con una suerte de "en la democracia hay que hacer lo que la mayoría manda", aunque estas órdenes vayan en contra de los principios de organización de una sociedad digna y democrática, autoricen cualquier tropelía y justifiquen cualquier desajustado.

En esto, el caso del Perú ha sido muy claro y sin embargo, se desarrolló una gran propaganda a favor del golpe de Fujimori, en abril de 1992, en ese sentido. En el mes de marzo, de ese año, las encuestas señalaban que más del 80% de los peruanos rechazaba cualquier intento de resolver la crisis del país por medio de un golpe de Estado, pero al día siguiente de la disolución del Congreso, comenzaron a aparecer "encuestas" en las televisoras y en los principales medios de comunicación masiva y "entrevistas" hechas "casualmente" en las calles donde se señalaba un apoyo a la "medida" adoptada por el Jefe del Ejecutivo. Todo esto, hábilmente manejado en donde de inmediato se comenzó a hablar en esa gran prensa de este episodio como un acto consumado y "necesario" para el país, así como a usar la terminología que convenía al gobierno como hablar del "clausurado Congreso", de "ex-parlamentarios" para referirse a quienes habían sido desalojados a la fuerza del Congreso de la nación, y a evitar la calificación de golpe de Estado al zarpazo fujimorista, así como la continuación del uso del título de Presidente de la República a quien había trasgredido la Constitución, dio como resultado una retroalimentación donde se fue ayudando a la consolidación de la dictadura. Cuantos de estos medios lo hicieron por presión irresistible del gobierno sobre los medios de comunicación en sí, o sobre los intereses colaterales a los que se ha aludido, cuantos porque creyeron y creen, dentro de una concepción corporatista que luego analizaremos que es más fácil influir sobre un gobierno unipersonal que sobre una estructura democrática, cuantos lo hicieron por propia convicción de los beneficios de una medida antidemocrática de este jaez, es algo que todavía no está claro, pero que obviamente cuando se sepa contribuirá a encontrar soluciones para este problema.

En todo caso, hay que evitar que la expropiación de la opinión pública se produzca y que se traslapen los conceptos de opinión pública con opinión publicada.

Es obvio que hay que rechazar cualquier estructura de censura a la opinión de quienes editan o quienes propalan los medios de comunicación, la historia ha enseñado que ello puede conducir a la pérdida de uno de los valores fundamentales de la democracia, cual es la libertad de prensa, pero hay que encontrar caminos para ampliar la posibilidad de participación ciudadana y plural en esa actividad de claro interés público que es pillar del sistema.

3. La pérdida del sentido ciudadano en el mundo moderno y las dificultades para la construcción de una democracia sin ciudadanos

Uno de los graves problemas que amenaza a las comunidades políticas es la pérdida de vigencia de su base fundamental, que es el ciudadano. Es claro que sin solidaridad no puede haber sociedad, podrá haber reunión de personas, pero no vida comunitaria. La falta de estructuración en el sistema político para dar respuestas personalizadas a las inquietudes que se formula hoy más que nunca la población tiene mucho que ver en ello. Al no haber estructuras de participación conjunta el hombre se halla solo. En esto también tiene que ver la forma como este recibe hoy esa información. La principal fuente de noticias políticas es sin duda el medio de comunicación social, y especialmente la radio y la televisión, que son medios a los que atiende individualmente la persona. Antes esa información era propalada en mítines o en reuniones partidarias donde el poblador de una u otra manera socializaba desde el momento mismo de su recepción, la seguía en su desarrollo y expresaba una inmediata reacción a la misma que podía plasmarse en el aplauso o en el silbido. Hoy esto no pasa así. Quien recibe la información la registra y en una gran cantidad de oportunidades no la socializa. Hace además un procesamiento bastante individual de la misma. El televidente no funciona normalmente como ciudadano sino como individuo. La ausencia de un desarrollo político comunal con capacidad suficiente imposibilita que sobre la base de esta gran información puedan de inmediato generarse enfoques comunitarios que enlacen con el interés nacional. Otra vez aquí la falta de modernización en las estructuras políticas de nuestros partidos impide la profundización y engrandecimiento del sistema democrático aún cuando se presentan condiciones para que ello se produzca.

Todo este fenómeno ha conducido a lo que se ha llamado la corporatización, (no corporativización) de la política. Por este fenómeno se entiende la expresión de intereses de diversa manera individuales como los motores de la actividad pública. Se reconoce así una ausencia de proyección más allá del fenómeno inmediato que conduce, en todo caso a una asociación muy circunscrita a un objetivo común muy específico que puede sumar el interés de todos pero que no es capaz de tramontar o proyectar ese interés más allá de su sola satisfacción inmediata. La unidad se

desvanecerá apenas el asunto que motivó su reunión haya sido resuelto. Este tipo de agregación lo que favorece es el desarrollo de una política clientelística donde al no haber inquietud ulterior a la del inmediato problema concreto no genera en realidad un espíritu ciudadano de preocupación por la sociedad en su conjunto.

También ha tenido que ver en esto la falta de eficacia de la democracia, que no ha podido atender convenientemente los problemas de la comunidad. Donde el Estado es más ineficiente se nota de inmediato con mayor profundidad este síntoma. Cuando la gente desconfía del Estado no reclama una solución de conjunto porque piensa que no podrá darla y se concreta a conseguir prestaciones muy particulares en una especie de "sálvese quien pueda" o de conseguir "del lobo un pelo", que se traducen en esta actitud gupalista transitoria y concreta.

Los gobernantes saben que más que un reto allí tienen una urgencia, puesto que hay un reclamo concreto y no una participación o un cuestionamiento permanente de conjunto. De esta forma, unas pocas medidas efectistas aunque no ataquen las causas del mal, diluyen esa reunión y quien estuvo movilizado en aras de su propio interés vuelve de inmediato a su posición de individuo.

La consolidación de la democracia tiene que atender en nuestras naciones a la reivindicación del concepto de solidaridad y de participación ciudadana que fueron anatemizados en los lustros anteriores como sinónimos de vocación socializante o comunizante. Constituye una conducta equivocada el propender que el ciudadano sea reemplazado por el individuo, como constituyó una conducta equivocada que el individuo pudiera ser reemplazado por la sociedad.

4. El desarrollo de un espíritu regional y la democratización de los partidos

Justamente por el fenómeno de aislamiento individual que hemos relatado en los acápites anteriores, la ciudadanía está más preocupada por los problemas que atañen al lugar en que viven y en el que desarrollan sus actividades cotidianas que en la política nacional en conjunto. Ello, por cierto, tiene mucho que ver con las posibilidades de real influencia que tiene la persona en un ámbito más pequeño que en uno mucho mayor, como el nacional, donde parece perderse y donde poca gente, si alguna, le presta atención o le hace caso. Pero ello también tiene que ver con la satisfacción de las necesidades inmediatas de ese poblador. Aquellas con cuya realidad se topa a diario y cuya solución tiene que ver también de inmediato con su calidad de vida. Que el agua potable se distribuya a todos los rincones del municipio o que el ómnibus o transporte público pase con regularidad y por los lugares adecuados para asegurar la comunicación con los centros cercanos, es algo que tiene una inmediata correlación con su inmediata y palpable mejoría.

Pero en nuestras naciones, la vocación centralista de los gobiernos ha puesto también bastante de lo suyo para producir este desencanto y para dar motivo a este desligamiento, por parte del hombre del interior, de la política nacional. La realización de muchas obras públicas en grandes centros poblados y en especial en la capital de la República, -motivadas algunas veces por cuestiones de cálculo electoral y otras por el sano propósito de brindar servicios a quienes se habían instalado en los suburbios de estas metrópolis en busca de mejores condiciones-, han generado una sensación de abandono que ha ido evolucionando hacia un progresivo aislamiento que va paulatinamente desconectando de la política nacional a esos ciudadanos y en su lugar se han comenzado a expresar intereses regionales que demandan cada vez con mayor insistencia una autonomía económica y administrativa, cuando no una avanzada de independencia política.

Esta tendencia parece obedecer al diseño de centralización del poder como requisito de la modernización que fuera planteado a fines de los 60 y a comienzos de los 70. Allí se señalaba, que para superar el tradicionalismo de la sociedad era preciso conseguir la unificación del poder y su fortalecimiento desde las instancias centrales que permitieran el impulso necesario para llevar adelante esta tarea. Sin embargo, este desentendimiento de la idiosincracia local y el apartamiento del poder de este círculo no ha sido reemplazado por la aparición de una nueva conexión. La centralización ha sido mantenida y el nuevo impulso local no ha sido atendido.

La desconexión de la política nacional no se produce sólo con respecto al Estado, sino también con las instituciones encargadas de conducirlo o de llenar sus estructuras, concretamente, los partidos políticos. Cuando estos trabajan en las provincias lo hacen fundamentalmente desde una perspectiva centralista. Los mensajes que hay que divulgar son formulados por políticos avecinados en la capital o en el lugar donde se encuentran los centros administrativos. Por lo demás, el contacto que mantienen con esa base en nuestros países andinos, donde las comunicaciones no son ni tan buenas ni tan rápidas, es escaso.

Los planes y programas de gobierno no se estructuran, normalmente, desde la base misma, consultando en un proceso piramidal a las autoridades partidarias locales y estimulando la generación de cuadros responsables, sino que son encargados a técnicos que los elaboran de acuerdo a datos y estadísticas que seguramente reflejan con frialdad numérica la necesidad de determinadas obras dentro del marco de la conveniencia nacional, pero no revelan el grado de identificación de ese pueblo con esa tarea o con esa inversión, lo que también desmotiva su participación.

Esto ha dado lugar a la aparición de muchos partidos regionales que tratan de suplir esa carencia, pero que, por consecuencia lógica, adolecen muchas veces de

la visión de conjunto precisa para realizar un equilibrio favorable entre la tarea socialmente necesaria o significativa para la comunidad y la económicamente representativa para la Nación.

Por lo demás, es claro que la democracia moderna, que tiene que repensarse, debe también replantearse el rol de la participación en el poder. Cuando esta se generó, hace más de dos siglos, el poder se ejercía desde el centro y las revoluciones que se gestaron en ese entonces se hicieron con el propósito de tomar ese poder central y dominarlo con el entendido que desde allí se podía ejercer una acción benefactora en favor de la nación en su conjunto. Los ejes impulsores de la sociedad estaban en las cortes, vale decir en las capitales de los reinos o imperios y de allí surgían los estímulos que movilizaban a la sociedad entera.

Eso ya no es así, a pesar del esfuerzo realizado para conseguir una centralización del poder con el ánimo de conseguir destruir las estructuras tradicionales, el espíritu regionalista se ha ido acrecentando en América Latina, y los ciudadanos de las regiones han ido pidiendo un trato deferente y un asiento en la mesa donde se toma las decisiones. Repensar la democracia implica, ahora, aceptar que la estructuración de la sociedad se configura desde la base y no desde el centro. Si el pueblo es el titular del poder, su estructuración y su participación en él se desarrolla desde el lugar donde este se encuentra, y va subiendo por escalones hasta formas más complejas de organización. Encontrar formas de poder eficaces y a la vez dispersos que sean garantía de la libertad, es el reto de la democracia moderna.

Pero no solamente en este nivel de intereses, programas y propuestas es que se ejerce un yugo centralizador, sino que el mismo se da también en la designación de los candidatos a los puestos electivos ya sea a nivel nacional o a nivel local. Aquí es donde se engarzan la democracia interna y la descentralización real de estas organizaciones. No puede haber descentralización efectiva mientras no haya democracia al interior de los partidos. No son pocos los partidos del área que dejan al arbitrio de su comisión nacional de política, del comité ejecutivo nacional o cualquier organismo central, la escogencia de los candidatos en todas las circunscripciones del país y cualquiera que sea el rango. De esta forma, muchas veces más importante que hacer un buen trabajo político es conocer al dirigente nacional a cuyo cuidado o bajo cuya tutela se halla determinada provincia o departamento. Aunque no haga nada por el desarrollo de su organización, este tipo de estructuras privilegian al "mejor relacionado", al que ofrece el vehículo para transportar al diputado cuando llega a la región, o al que reúne a los "notables del pueblo" en un almuerzo para agasajar al "ilustre visitante", o al que encuentra cualquier otro medio de vinculación.

Las elecciones locales para la determinación de los candidatos son vistas por las cúpulas partidarias con notable desconfianza. Cuando se le acuerda algún valor normalmente es un valor referencial, reservándose casi siempre la posibilidad de “enmendar la plana”, desde las alturas centrales a los “errores” que las bases cometen en la designación de los candidatos.

Los errores en estas designaciones, es obvio, pueden ser cometidos con mayor frecuencia y con absoluta irresponsabilidad por quienes están en el centro del país. Una mala decisión no la van a sufrir personalmente, ni la van a poder fiscalizar adecuadamente. Una elección por parte de la propia base obliga a cavilar acerca primero, de cual de los candidatos es bueno para conducirlos a la victoria. No basta sólo la cercanía a tal o cual líder, sino las reales probabilidades de ganar la elección para poder ser gobierno y desarrollar el programa que desde esa misma base se haya trazado. Si se equivocan no sólo lo van a pagar con la derrota electoral, sino durante los años que van a tener que soportar una conducción o una representación perjudicial para el pueblo donde ellos viven.

A mí me sucedió una anécdota. Se discutía en el Partido al que pertenezco la designación de un candidato para Alcalde distrital. La Comisión Política era la encargada de tomar la determinación. La base había propuesto por una amplia mayoría a un candidato. Los miembros de la cúpula preferían a otra persona para llevar la representación del partido. Cuando en el curso de la discusión empecé a preguntar a quiénes estaban a favor de esa otra persona cuáles eran las razones para desechar la propuesta del comité distrital, la respuesta fue que ocho de los diez miembros que sostenían esa posición no conocían al recomendado por los correligionarios de ese distrito, que era un hombre con gran carisma y trabajo en la base, pero sí conocían a esa otra persona que por sus relaciones particulares tenía trato frecuente con los dirigentes nacionales del Partido. Pero la cosa no quedó allí, cuando les pregunté si habían ido a ese distrito para constatar si su elección era buena, siete de esos ocho contestaron que no lo habían hecho. Vale decir, resultó designado para representar al partido quien tenía más amistades entre los que decidían, no quien había trabajado más en la base local. Desgraciadamente este no fue el caso de excepción y con diversos personajes se repitió muchas veces más la historia en esa y en ulteriores oportunidades. Relato esto porque estoy seguro que anécdotas parecidas deben de haberles ocurrido en más de una oportunidad a quienes tienen la oportunidad de trabajar en la arena política.

Es obvio que así no se alienta la democracia porque se trata a los ciudadanos del interior y en general a quiénes conforman la base de la organización, como ciudadanos de segundo orden. Para ellos sólo hay deberes y para los dirigentes sólo hay derechos. La promoción de la democracia interna en los partidos es fundamental

para la consolidación de la democracia. El temor a la infiltración que algunos arguyen para evitar este paso no puede dar lugar a una paralización de este proceso. Tampoco lo puede ser el argumento de la "pureza doctrinaria" en los partidos de corte ideológico, dado que si un miembro absolutamente convencido de su doctrina no puede convencer a los miembros de su propia organización de la bondad de sus postulados, menos podrá pretender hacerlo con el resto de la ciudadanía. No podrá argumentar esa solidez doctrinaria que debería de llevarlo a encontrar caminos para hacer que su propia base, supuestamente afín a sus principios, crea en él y lo siga. Por lo demás, se pueden establecer normas claras para evitar este peligro, señalando por ejemplo, un período de militancia en la organización en los casos de elección donde no haya consenso.

Es difícil un compromiso de fondo con la democracia si la estructura de las organizaciones partidarias, sobre la cual se sustenta, no se funda sobre los mismos principios que se pregonan como válidos para el conjunto de la sociedad.

5. La eficacia de la democracia. La gobernabilidad

Pero así como la democracia es un sistema que expresa un conjunto de valores no es solamente una concepción filosófica, sino también un sistema de gobierno. Como tal debe de encontrar caminos para una ordenada y fructífera convivencia social y para la elevación de los niveles de vida de quienes están bajo su regla. Es cierto, como ya se ha dicho, que la sola vigencia de esos valores la hace superior a cualquier otro sistema de gobierno. Un mal gobierno democrático puede ser cambiado por otro en la esperanza que este sea mejor, sin tener que recurrir para ello al tremendo costo de la violencia, un mal gobierno en otro sistema no halla reemplazo sino como consecuencia de una acción violenta con todo el costo que ello significa para la sociedad. Pero es cierto también que la naturaleza humana pide realizaciones tangibles. Le exige a la democracia resultados materiales. Le pide que sea vehículo de bienestar material así como es de bienestar social.

Gran parte del desencanto de la democracia tiene que ver con la sensación de desgobierno que se genera en la ciudadanía. ¿Son en esto las dictaduras más eficaces?. ¿Resuelven mejor los problemas del país?. ¿Permiten, para usar los términos en boga, una mayor gobernabilidad de aquella que se puede esperar de la democracia en nuestras naciones?.

La respuesta es bastante obvia para nuestros países de América Latina. Si las dictaduras lo hicieran bien, nuestro continente estaría bien, dado que la mayoría de nuestros países ha estado sometida a ese yugo durante la mayor parte de su existencia independiente. Si nuestras naciones no se han institucionalizado, y las

instituciones son la base del progreso de los países, es por la presencia de estos regímenes mesiánicos que con el cuento de poner orden, salvar a la patria de ideologías extranjerizantes, elevar el nivel de vida, rescatar la moral pública y cuanto pretexto pueda uno imaginarse, se han instalado y han asolado nuestros países.

La sensación que dan de orden no se genera claro está en la satisfacción de las necesidades sociales y en la paz colectiva que producen, sino en el ahogamiento de las demandas de la comunidad. A diferencia de lo que sucede en la democracia, donde todo el mundo tiene el derecho de pedir y de dirigirse en tono de igual y de reclamo a la autoridad, en las dictaduras se reprime la demanda con el pretexto de la agitación social. Quien pide algo lo hace a título de súplica o de favor, no de derecho ni de un presupuesto de igualdad. Si lo hace de este modo, que es el propio que corresponde a ciudadanos libres, las probabilidades de seguir en tal condición no son muchas. No ha sido excepción sino regla en nuestros países, la captura de líderes comunales que reclamaban en favor de sus pueblos con el pretexto de agitación, alteración del orden o “procomunismo” durante los no lejanos años de la guerra fría y la vigencia de la “doctrina” de la seguridad nacional.

Finalmente, algunos han señalado que nuestras democracias no son “gobernables”, porque no se desarrollan dentro de un orden mínimo que permita tomar y cumplir decisiones. Samuel Huntington señalaba que lo que diferenciaba a un gobierno comunista de los años 60 con un gobierno capitalista de la misma época en países con las características de los nuestros, no era otra que la generación de una autoridad que era respetada por todos. Ninguno de ambos, decía ha demostrado la posibilidad de resolver los problemas profundos que aquejan a esas naciones, pero por lo menos en las de sistema totalitario, hay sensación de orden.

Es claro que mucho de esto tiene que ver con el desorden con que se reasume el sistema luego de cada golpe de Estado y del “desembalse” de demandas que se plantean al nuevo régimen, aunados con un desconocimiento por parte de los actores de las “reglas del juego” del sistema democrático, donde la oposición es satanizada por el gobierno y el gobierno deslegitimado por la oposición. Todo esto gobernado por la tónica de la confrontación que preside la realidad política de nuestros países en tiempos de dictadura. Las exageraciones de uno y de otro no cesan luego de las elecciones, sino que continúan más allá del proceso y se instalan en la marcha misma del sistema, con lo que pierden la principal arma de una democracia: la búsqueda de la legitimidad por el consenso.

Así las cosas es difícil hacer gobernable una Nación en la medida que se requiere de las instituciones y de los gobiernos mucho más de lo que en realidad estos pueden dar. Esto no es sólo una actitud de los partidos, sino lo es también de otros actores sociales, y no sólo de los más necesitados. Los grupos económicos pretenden de inmediato obtener concesiones a través de demandas que se plantean de manera bastante exigente a las que analogan con la libertad, y la prensa, muchas veces sumisa en las épocas dictatoriales, se convierte de inmediato en inquisidor cercano de todas y cada una de las acciones de gobierno, con una virulencia que por supuesto está lejos de mostrar cuando hay un régimen de fuerza usurpando la conducción de un país. La sumisión se troca en muchos casos en intolerancia.

Todo esto requiere el aprendizaje de la democracia y, por supuesto conlleva la necesidad de un activismo de los partidos en favor de ideas comunes. La consolidación de la democracia exige, en la mayoría de nuestros países de pactos o acuerdos de funcionamiento mínimo del sistema, los que de no producirse darán al traste con el mismo. Estos acuerdos deben de ser lo más comprensivos posibles. En ellos deben de participar todas las organizaciones que se supone respaldan la democracia. Las diferencias deben de arbitrarse dentro de estas reglas, sin pretender impunidades pero sin fomentar un escándalo en cada caso.

La gobernabilidad en la democracia se consigue con el compromiso de los gobernados con el sistema, a diferencia de lo que sucede con los otros regímenes que se sustentan por el contrario en la marginación. Es por cierto un camino mucho más difícil, pero sus frutos son también duraderos y base de un desarrollo institucionalizado y libre que ha de perdurar.

5.1. La eficacia de la democracia y la incorporación de científicos y técnicos a la vida política

La democracia necesita soluciones correctas para los desafíos que confronta. Si no las encuentra no podrá consolidarse en nuestros países dada esa creciente demanda y esa expectativa que se genera con su reimplantación. La gente espera que los gobernantes por los que vota resuelva sus problemas demostrando así una mayor competencia que quienes lo hacen sin haber requerido su consentimiento. Sin embargo, el acierto es cada vez más difícil. No se trata de dar respuestas genéricas, sino de desarrollar una tarea de motriz fina que responda a los más diversos cuestionamientos. Una de las críticas que se le hace a la democracia, como se ha visto, es que no halla respuestas adecuadas. Esto se debe en parte a este divorcio. El político necesita cada vez más del científico o del técnico para que lo ayude a tomar las decisiones de conjunto que permitan el desarrollo de la comunidad.

Depende en mayor medida de ellos, puesto que sus determinaciones han de tener no sólo sentido filosófico o finalista, sino viabilidad mediata. No se consigue, cada día está más claro, los fines propuestos sin los medios correctos. La legitimidad democrática necesita en América Latina de resultados no demasiado mediatos, como lo señala Carlos Floria.

La ciencia y la técnica reclaman entonces un lugar, sin embargo ellas han estado, por regla general, divorciadas de la política. Es más, hasta se ha producido una suerte de confrontación entre ambos sectores.

Los caminos del científico y del político son distintos y por lo común no se han encontrado todavía en América Latina. Ello ha impedido una mejora sustancial en las respuestas, dadas muchas veces por los profesionales que han hecho carrera partidaria y que, salvo honrosas excepciones, no han llegado a descollar en el campo de la ciencia. Esto por cierto tiene una explicación a partir del tiempo que se le dedica a una actividad y a otra. La política, como bien se sabe es absorbente. Quienes participan en ella le dedican prácticamente todo su tiempo libre y gran parte del que corresponde a la ocupación principal, con lo que no queda mucho rato para la investigación y para el desarrollo de la ciencia o para la actualización, de la misma forma, quien hace ciencia debe hacerla en nuestros países robándole tiempo al descanso. Escasos son los centros de investigación científica o tecnológica. De esta manera, quien hace ciencia tiene poco tiempo para cualquier otra actividad, pero especialmente poco tiempo para la exigente actividad política.

Tiene también explicaciones en la actitud de las personas como consecuencia de esa actividad propia. El científico es un hombre que busca la verdad y ella no le hace concesiones al número. La regla de la mayoría no cuenta para su descubrimiento ni se le hace preciso el desarrollo de esfuerzos de conciliación para llegar a ella. La verdad, por lo menos la de él, es su verdad, sin cura de la opinión de los demás e independientemente de la cantidad de personas que lo acompañen en su conclusión. El político, por otra parte, y en especial el político democrático, debe de buscar permanentemente el consenso y debe de ceder en sus propias posiciones en aras de ir avanzando paulatinamente hacia la consecución de su objetivo. Para él, la opinión de los demás es algo que resulta como la arcilla para el alfarero. Esto desarrolla en el científico un espíritu de independencia que se condice poco con la disciplina partidaria, y alienta en el político una valoración superior de la conciliación aún a costa de su propio parecer. En tercer lugar, la formación y el trabajo del científico no requieren necesariamente del contacto popular. En su propio gabinete o en la

sociedad misma tomada como laboratorio, pero sin un compromiso vivencial con ella, desarrolla su trabajo; el político por su parte no puede permitirse ese aislamiento, el contacto con el pueblo es su la naturaleza misma de la actividad.

Es por estas razones que son muy raros los casos, aunque su promoción debe de ser una de las tareas fundamentales de los partidos en el inmediato futuro, en los cuales un científico de nota es a la vez político.

Los partidos y sus militantes han mirado con recelo su intervención, descalificando muchas veces a estos personajes en razón de su falta de ejecutoria, de su "hoja de vida" en la que no aparecen antes de la fecha en que solicitan incorporarse y normalmente en puesto de dirección o de notoriedad en la estructura partidaria, una preocupación constante por la marcha de la sociedad o una actividad sacrificada que en nuestros países incluye la prisión o el destierro. Se genera en consecuencia una sensación de preterición injusta por parte de quienes si estuvieron en todo momento, los difíciles y los menos complicados, dando la cara por la democracia y por el partido. Esto tiene que ver, sin duda con una aproximación clientelística de la política y la falta de una tarea formativa constante motivada por las constantes interrupciones del sistema y las persecuciones a las que no pocas veces fueron confinados sus líderes. Los militantes de los partidos creen que es su derecho el ocupar los cargos de dirección del país una vez arribado el partido al gobierno, cualquiera sea su grado de formación en un área específica. Esta tendencia no se ha discutido al interior de los partidos. Los más altos dirigentes creen que es con una aquí esencia a este reclamo como ganan sustento para mantenerse en los cargos de dirección, y por otro lado no han explicado de esta necesidad, no han formado a su base en esta materia ni han generado, como señalamos, un código de participación que evite este sentimiento de marginación de quienes siempre hicieron política, por lo qué, cuando esta incorporación tiene que producirse, genera fracturas en la estructura partidaria.

Por otra parte, quienes han encontrado éxito en actividades ajenas a la política se sienten con derecho a participar en ella sin estar en la gran mayoría de las veces dispuestos a un aprendizaje de los códigos políticos, los que no pocas veces desprecian. No se estima meritorio ese trabajo de entrega a la comunidad y hay muchos que asumen en este caso una actitud mesiánica, la comunidad está así porque ellos no han participado, pero si les hacen caso a sus prescripciones sin duda que mejorará. Demás está decir que esta actitud tampoco contribuye al desarrollo del sistema político y de la democracia, porque por mucho que se sepa, las habilidades para la conducción social no son un libro abierto del que cualquiera puede aprender en cualquier momento.

Por lo demás, el uso del poder no es un asunto sencillo. Ya decía Loewenstein que de este lo que se conocía era su carácter demoníaco. Quien recibe poder sin prepararse para ello es muy difícil que pueda conducir, mandará pero no guiará; ordenará pero no conducirá. En resumen no construirá nada duradero. Los logros que alcance en el gobierno serán, desde la mejor de las perspectivas, bienes fungibles que se agotarán con el uso, no se generará una dinámica social propia que pueda reemplazarlos o mejorarlos una vez que estos se acaben o se desgasten.

Para que la incorporación de estos personajes sea fructífera, es preciso que sea armoniosa, consensuada, entendida y apreciada por los actores del sistema. Para ello es necesario trabajar arduamente en la formación de las bases desde un comienzo. Explicar que es preciso contar con estos personajes y delimitar, para que nadie se sienta ni estafado ni preterido, cuál es su campo de acción y su esfera de influencia así como las formas de incorporación al partido el que ha de decidir, a través de sus cuadros directivos en cada circunscripción, elegidos por esa misma base y dentro de estas disposiciones estatutarias, quiénes y en que lugar de la estructura van a integrarse.

En este encuentro fundamental para allegar a los mejores cuadros a la sociedad, es preciso que se hagan esfuerzos desde todos los sectores, sin embargo, es a los políticos y a los partidos a los que corresponde tender esos puentes justamente porque su tarea es la mejor conducción de la sociedad y su responsabilidad alcanza al buen funcionamiento de la democracia y comenzar como parte misma de la tarea educativa que debe de realizar en nuestras naciones un trabajo de acercamiento que conjugue la mejor preparación técnica con la representatividad popular. A mediano y largo plazo se ha de fomentar esa conjunción en los estudiantes que comiencen uno u otro camino. Científicos conscientes de la responsabilidad social y políticos sabedores de la necesidad del auxilio científico y técnico y de la participación de estos elementos en todos los niveles de la discusión, he allí la cosecha que se ha de procurar sembrando desde hoy en las conciencias de quienes empiezan, la semilla de su integración. La consolidación de la democracia en nuestro continente exige a gritos este acercamiento. Los partidos están en la obligación de proporcionarlo.

5.2. La consolidación de la democracia eficaz y la tarea formativa de los partidos

Una de las funciones que se le han asignado tradicionalmente a los partidos políticos es la de formación de cuadros para el gobierno de la Nación. Este atributo no es nato. No nace con los pobladores del país. Como todo en la vida debe de aprenderse y debe de desarrollarse. Los partidos han de ser esas escuelas de formación política donde el ciudadano debe de aprender a entrar en contacto con la

población, a transmitir un mensaje, a recoger inquietudes, a representar a un pueblo, a intercambiar ideas, a conducir a la sociedad. Para ello, los jóvenes comienzan a manejar los códigos del poder desde sus primeros años, donde deben de aprender las diferencias ya aludidas entre mandar y conducir, entre ordenar y guiar. Así como se dice de los militares que no puede ser un buen general quien no ha sido primeramente soldado o subalterno, es muy difícil que pueda ser buen político quien no ha participado en esta actividad desde el pueblo mismo, desde la base del poder. Es por ello en que he insistido en la necesidad para los partidos de tender puentes de entendimiento con la juventud para cerrar el divorcio entre ciencia y política, y para que quienes se enrolen en sus años de madurez en este ejercicio, lo hagan sabiendo que hay en este quehacer algunos requisitos que hay que satisfacer para hacer una tarea a la altura de los pergaminos que se traen desde otros campos.

Esa tarea formativa no se ha podido desarrollar en nuestros países porque muchas veces ha faltado. Los partidos caudillescos o centrados en personas más que en ideas, que han sido la mayoría de los que se han formado en nuestros países, no han sentido la necesidad de crear una institución, sino de convertirse puramente en instrumento de poder. Esto ha generado déficits formativos muy marcados, especialmente desde la concepción misma de lo que es la democracia, pero también aspectos mínimos de otras ciencias que los políticos no pueden dejar de saber, desde nociones suficientes de economía, de interpretación de estadísticas, de comunicación social y hasta de contabilidad para poder hacerse cargo de un municipio o de una región con eficiencia y con transparencia. En nuestros partidos parece haberse confundido un buen político con un buen orador. Parece como si este fuera el único requisito para alentar el desarrollo de una figura política. El resultado está a la vista. La falta de preparación conduce al fracaso gubernativo. No basta sólo saber hablar, hay que saber de qué se habla y qué es lo que se propone. El fracaso de Alan García como Presidente en el Perú es una clara demostración de esto, incluso proviniendo este de uno de los partidos que más se preocupan por esa tarea.

La política no es un torneo oratorio, es la conducción de una Nación y para ello se necesita mucho más que sólo hablar. Cuando se accede al Parlamento no se concurre a una nueva edición quinquenal o cuatrienal de juegos florales, sino a una institución encargada de ayudar en la solución de los problemas nacionales.

Nuestros partidos deben de entender bien eso y dicha tarea llevarla a cabo en todo el territorio de nuestras repúblicas. Aquí ha habido un vacío. Si algo pueden haber traído de bueno para los partidos estos años de democracia, es la paz que permita su institucionalización. Esta presupone la formación de sus cuadros. La consolidación de la democracia, los muchos o pocos años de paz política que podamos tener por delante, dependen de esta actividad.

5.3. *Tecnificación y desideologización de la política*

Sólo un apunte, antes de terminar, en este tópico que merece un tratamiento mucho más extenso. Con la caída del comunismo y con su fracaso en la conducción de las naciones a las que rigió, se ha pretendido señalar que las ideologías en general han terminado en la función de faros alumbradores del quehacer social y político, que hoy la sociedad llama a un pragmatismo que es mucho más rico en resultados al no estar atado a concepciones preconcebidas que pretenden imponerse a la realidad aun cuando quede claro que entre ellas no hay correspondencia.

La ideología, como un sistema de ideas para interpretar al mundo, sigue siendo fundamental. El accionar coherente en torno a principios rectores para el quehacer de las personas y el sentido para la acción social del Estado es indispensable. Lo que sí ha demostrado su fracaso es el ideologismo, vale decir, el creer que más allá de lo pensado no hay ninguna posibilidad de existencia, cerrar a partir de la formulación de un pensamiento, la posibilidad de la aparición de nuevos fenómenos que obliguen a una nueva reinterpretación incluso desde los principios mismos. El anquilosamiento, el creer que se puede haber llegado a la perfección total o a la perfección metodológica, en la medida en que sólo se aceptan como datos a analizar aquellos generados de acuerdo a una sistematización creada por esa doctrina, eso sí ha fracasado. El mundo es de hombres libres. Si algo ha caído en este siglo ha sido la interpretación determinista. El hombre es siempre nuevo en sus manifestaciones. Lo que ha fracasado es, insisto, el ideologismo, no las ideologías. Si una ideología ha fracasado, la marxista, ella no puede arrastrar en su fracaso a las demás, aunque en décadas recientes se utilizaran como sinónimos y muchos intelectuales pensarán que esa era "la ideología".

Hoy mismo, el liberalismo ha vuelto a tener un rol preponderante en las decisiones políticas. Muchas de nuestras naciones están desarrollando sus actividades orientados por lo que en este tipo de sistematización se señala: que libre mercado a ultranza, que disminución del tamaño del estado, que eliminación de los subsidios, que incorporación sin más a la economía de escala mundial, etc. Algunas cosas de estas buenas según mi propia perspectiva, pero por supuesto discutibles por mucha gente, otras, a mi criterio, absolutamente equivocadas, como la despreocupación por el hombre concreto y la conversión del ser humano en "cantidades", cosa en lo que, según Ortega y Gasset, deberíamos de poner el mejor de nuestros esfuerzos en evitar. Hoy no se puede desconocer que muchos de quienes gobiernan las naciones de nuestro continente pretenden un test, para cada una de sus medidas, que les señale el grado de conformidad que estas tienen con el gran marco neo-liberal en el cual,

están seguros, se halla el camino para la felicidad de nuestras repúblicas. Lo que sucede es que hoy el neoliberalismo, para reinar, y de acuerdo a la tendencia que algunos quieren imponer, necesita presentarse aséptico ideológicamente, y eso es lo que hace.

Finalmente, el espontaneísmo es tanto o más grave que el ideologismo. Es aceptar considerar al hombre como un ente sin proyección futura, que no pueda programar su propio destino e incapaz de decidir sobre lo que va a hacer el mañana. Es renunciar a su sentido de trascendencia y proponer relegarlo al instinto. Esto, por cierto, es inconveniente e inaceptable. Siempre el ser humano tiene una noción del mañana y lo mismo pasa en las sociedades. Para conseguir esa meta que se propone debe de escoger sus medios en relación a ese fin. Ese conjunto sistemático ya constituye una ideología. El espontaneísmo deja sin rumbo a una comunidad y da como resultado que, en nombre de un supuesto pragmatismo, que esas direcciones políticas terminan inútilmente tratando de disimular tanto su desactualización como su oportunismo carente de principios, como lo señala Rodolfo Cerdas.

El espontaneísmo además atenta contra el criterio de previsibilidad y de seguridad que requiere el ser humano para su desarrollo y para su desenvolvimiento pacífico e igualitario. Al no regirse por ningún patrón, el espontaneísmo puede tomar sin explicación suficiente y sin legitimación social, cualquier decisión absolutamente contradictoria a la adoptada hasta ayer obligando así a un comportamiento diferente a seres humanos a los que debía de haberseles tratado de la misma manera.

6. Conclusión

Todos estos son algunos de los problemas que los partidos confrontan en esta etapa de la consolidación democrática. Es por cierto una tarea de titanes el remozarlos y ponerlos a punto para cumplir las funciones que le corresponden dentro de la sociedad moderna. Sin embargo es preciso acometerla y es necesario que la gente de pensamiento se sume a esta empresa, que no se quede en la propuesta sino que arriesgue en la plasmación de esas ideas. Claro que esta actividad es distinta e intranquila. Lejana del silencio del gabinete y de la académica confrontación que se da en el aula universitaria, pero es necesaria. Se requieren hoy muchos científicos que también hagan un trabajo político. No científicos o pensadores que se metan en la política para hacer trabajo de pensadores, sino para que con su experiencia y su formación hagan trabajo político, con todo lo que ello significa de modificación de códigos de actividad personal y de metodología en la confrontación de los problemas. Sin renunciar a la ciencia y a su severidad en la búsqueda de la verdad, entrar a la actividad política con la humildad que esta exige.

Los partidos son instrumentos necesarios de intermediación y son todavía más necesarios ahora en que hay un proceso de aislamiento de la persona. Claro está que todo ello exige imaginación para poder estructurar nuevos sistemas de agregación y de participación comunitaria en nuestros países. Si no hay partidos, la experiencia demuestra que la sociedad se resbala inevitablemente hacia diversos tipos de dictadura que pueden ir desde la autocracia hasta el totalitarismo.

Si queremos vivir en libertad. Si queremos que el progreso del hombre sea integral en América Latina, debemos de trabajar arduamente. Las elecciones por sí solas no son la democracia, ya se ha dicho. También se ha dicho que sin elecciones no hay democracia. Por ello, profundizar esta huella democrática, convertir en clima permanente lo que ahora no es sino un temporal, es tarea de los hombres y mujeres libres de nuestro continente.